agregó, subentendidas quedaban las palabras 'nada importaría', como complementarias de su triste pensamiento.

«La exclamación de tan amantísimo padre —expresó Noriega— se semeja a la actitud del padre del general Rafael Uribe Uribe, que al ver a éste regresar con una pierna quebrada en el combate de Los Chanchos el año de 1876, y a su hijo Heraclio sano y salvo, salido del mismo combate, le dijo a éste: '¿Y tú también por qué no has venido abaleado como tu hermano Rafael?'».[33]

Herido en el combate, el íntimo amigo de Temístocles, Domingo de la Rosa, recibió la triste noticia de boca de su hermano Moisés, ayudante de la Comandancia. Se abrazaron fraternalmente, y en seguida le preguntó: «¿Qué sabes de Temístocles Díaz?»

«'Hace pocas horas hablé con él', me dijo. Enterado de que estabas herido, me inquirió si la cosa era de cuidado, y como le contestara que no, le alegró mucho la respuesta; mas, con dolor, te comunico que poco tiempo después murió, como era él, como un valiente».

«Sentí —dice el atribulado De la Rosa— como si una mano invisible me apretara el corazón, pues acababa de perder para siempre al compañero inseparable, al confidente leal y sincero, al amigo de todas las horas, cuya muerte, además, significaba para nuestro partido la pérdida de lo que valen reunidos en uno de sus miembros, juventud, valor, talento, honor, clara comprensión de los ideales que lo entrañan y devoción para servirlo».[34]

El jueves 26 la revolución capituló e inmediatamente los presos políticos fueron puestos en libertad. Poco después, el doctor Porras partía hacia el exilio centroamericano, en tanto que el terco general Herrera desaparecía para siempre del escenario istmeño.

Funesto balance

Como consecuencia del suicida ataque a la ciudad de Panamá, tres notables jefes del liberalismo —además del traumatizante impac-

to recibido por la derrota de las huestes de su partido— tuvieron que sufrir y sobrellevar estoicamente la profunda pena producida por la muerte de seres queridos, pues además del hijo de Domingo Díaz, allí quedaron tendidos Joaquín Arosemena, hermano de don Pablo; y Juan Antonio Mendoza, hermano de Carlos Antonio, quien en medio de su dolor y haciendo de tripas corazón tuvo que redactar y suscribir con el gobernador Carlos Albán el convenio de la capitulación liberal en representación del doctor Porras.

Pero no fueron los únicos. Varios autores contemporáneos hablan de alrededor de quinientos muertos, de los cuales muy pocos nombres se conocen. Verbigracia, al cumplirse el tercer aniversario del desastre bélico el periódico liberal *El Lápiz* sólo registra diez: «Fabio Tejada el venerable, y Adolfo García el poeta egregio; el doctor Rogerio Agüero y Diego Miranda, y Samuel Rostrup y Teodoro Aparicio, y Guillermo Echevarría y Gabino Estribí, y Samuel Ruiz y Francisco Merel, y muchos más...».[35]

Así, en el patético «muchos más» quedaron reunidos para siempre los hombres de nombre desconocido, hijos del pueblo raso, del común: algunos, voluntarios, convencidos de la justa causa por la que luchaban jugándose hasta sus vidas; otros, enganchados a la fuerza —costumbre habitual por entonces y practicada tanto por el Gobierno como por los revolucionarios— y que no tenían la menor idea de porqué peleaban y morían. Seres humanos destrozados y enterrados apresuradamente sin misas ni discursos en improvisadas fosas comunes para formar con el inexorable paso del tiempo un subterráneo monumento de huesos en silencioso honor «al soldado desconocido». Tales como los que el comandante Araúz recordó en sus *Relatos*:

«Los muertos que más próximos al puente se hallaban, y que yo vi, eran como siete u ocho soldados del coronel Díaz, a menos de cien metros. Estaban hacinados en una especie de cabina o caseta de madera que había frente al edificio Müller. Parece que ellos habían intentado un asalto a las trincheras y, no pudiendo, se refugiaron ahí de re-

greso, siendo acribillados juntos. Mantenían distintas posiciones ¡y a uno le habían destrozado el cráneo y se le veían los sesos!»[36]

•

¿Quién o quiénes fueron responsables de la hecatombe liberal? El balance del implacable Manuel Antonio Noriega es contundente y seguramente ajustado a la realidad:

«Al enterarnos en la ciudad de las desavenencias que ocurrían entre el doctor Porras, como jefe civil y militar de la Revolución, y el general en jefe de la misma, Emiliano Herrera, nos dimos cuenta entonces del porqué del fracaso, pues conociendo la idiosincrasia del doctor Porras, presumimos que él vio en el general Herrera un émulo por lo que se decía que, si triunfaba la Revolución, cual se esperaba, probablemente sería dicho general el gobernador de Panamá, sabiéndose que el doctor Porras aspiraba también a serlo.

«El general Emiliano Herrera no era panameño y por lo tanto era difícil que conociera la ciudad como la conocían los nacidos en ella. Ordenó dicho general tomar el intomable viaducto o puente de Calidonia, y aunque jefes panameños le observaron que las tropas podrían entrar a la ciudad por lugares no atrincherados tan fuertemente como ese puente, o sin atrincheramiento alguno, insistió tercamente en que fuera tomado, por lo cual resultó al pie del puente la mortandad de tantos liberales valientes como el heroico Fabio Tejada, que a vencer o morir avanzó sobre el enemigo en el mismo momento de haber visto a su hijo mayor caer herido.

«La emulación del doctor Porras y la terquedad del general Herrera fueron, pues, las causas del fracaso sufrido por el Partido Liberal el 24 de julio de 1900».[37]

III

La campaña revolucionaria del general Díaz

1. CRÓNICA DE UN GRANDE Y FRUSTRADO SUEÑO

Derrotado y desintegrado el ejército de Porras, la lucha revolucionaria prosiguió en el Istmo repartida en dos o tres cambiantes y limitados frentes, en los que se destacaron como jefes el dirigente indígena Victoriano Lorenzo, Manuel Antonio Noriega y Manuel Patiño, quienes por corto tiempo unieron sus modestas fuerzas.

Lorenzo, con base en el corazón de la montaña de su penonomeña tierra natal, en zonas aledañas realizó con su montonera guaimí numerosas incursiones típicas de una guerra de guerrillas mediante emboscadas o sorpresivos y sangrientos golpes; acciones con las que se ganó un profundo odio por parte de los conservadores, quienes, sin éxito, en varias ocasiones trataron de apresarlo o derrotarlo.

Noriega y Patiño, por su parte, llegaron a conformar un pequeño ejército de unos 150 hombres, el que finalmente fue vencido por las tropas de Albán en el combate de El Picacho que tuvo lugar el 13 de mayo de 1901. Derrota que obligó a los dos combatientes a coger con urgencia el camino del exilio.

En el comienzo de esa corta aventura, Noriega organizó a sus hombres como si se tratara de un gran ejército y proclamó a don Domingo Díaz —prueba, una vez más, del profundo respeto y aprecio que por él sentía— como jefe civil y militar del departamento, a pesar de que por ese entonces don Domingo se encontraba en Nicaragua tratando de organizar una expedición armada con destino al Istmo.

De las actividades de Díaz en extranjeras tierras y sus consecuentes y ulteriores movimientos nos ocupamos a continuación, utilizando para ello una buena parte del quinto capítulo de nuestro libro *1903 en la prensa panameña y los infaustos años precedentes.*

Dos jefes, dos ambiciones, dos frentes

Por la misma época —mediados del año 1901— en que aquellos comandantes liberales continuaban luchando en el Istmo contra el Gobierno conservador, en Centro América otros, bien conocidos, trataban de organizarse con el mismo propósito: En Nicaragua, Domingo Díaz; y en Costa Rica, Belisario Porras, también en su momento autoproclamándose por segunda vez con el mismo título adjudicado a Díaz por Noriega.

Ante ellos, con frecuencia llegaban exiliados liberales, principalmente istmeños, como —por ejemplo— el también ahuyentado general Noriega, quien recuerda haber arribado a Puerto Limón a las cinco de la mañana del 18 de junio de 1901: «El mismo día que desembarqué en el muelle de Puerto Limón, desembarcaron de un vapor que había llegado ese día el doctor Carlos A. Mendoza y don Manuel Feliciano Segundo, procedentes el primero de Jamaica y el segundo de Panamá».[1]

«De mi arribo a Puerto Limón —prosigue Noriega— tuvo noticia el doctor Belisario Porras, residente en San José de Costa Rica, y enseguida me dirigió una carta invitándome para que en esa capital nos reuniéramos y —probablemente por suponerme en difícil situación económica por haber estado yo en campaña— me decía que por mis gastos personales no me preocupara, por la circunstancia de manejar él los fondos de la revolución destinados a atender a todos los colombianos asilados en San José... El doctor Porras se proponía que en San José se reunieran cuantos colombianos, principalmente panameños, llegaran a la República de Costa Rica para marchar luego e invadir con todos, nuevamente, el departamento de Panamá».[2]

Porras —como ya lo hemos visto— no le caía muy bien a Noriega, pero a pesar de ese negativo sentimiento fue a visitarlo a su casa. Allí, recuerda don Manuel Antonio, «encontré conversando al doctor Carlos A. Mendoza y a Porras, quienes me recibieron, aquél con su

natural afabilidad, y éste con tantas zalamerías que me hicieron pensar sobre ser evidente el refrán de que 'natural y figura hasta la sepultura', también como respectivamente parecen sinónimos: sincero y verdadero; inverosímil y zalamero».[3]

Porras lo invitó a formar parte de su segunda expedición, propuesta que Noriega aceptó, pero que luego no concretó debido a varios contratiempos propios del exilio.

«Su meritísimo», malintencionada ocurrencia porrística

En sus recuerdos, Noriega pone énfasis en la animosidad de Porras contra Díaz: «Desde que el doctor Porras me recibió en su cuarto alquilado en San José con sus notorias e innatas zalamerías, preví que a la menor contrariedad que conmigo tuviera dejaría de ser zalamero y se convertiría en vengativo; y mi previsión se efectuó por lo que enseguida relato.

«Le dio a Porras por apocar a don Domingo Díaz y como ocurrió que yo le contradije diciéndole cuando lo apocaba: 'No, doctor Porras, don Domingo Díaz es un panameño meritísimo', desde entonces, siempre que se ofrecía nombrarlo en mi presencia, lo llamaba 'su meritísimo'».[4]

Pero la porrística campaña contra Díaz no paró ahí. Hallándose Noriega un día en su habitación, a ella se presentó su buen amigo, el entonces coronel Manuel Quintero V., con un telegrama escrito en San José que decía: «Señor don Domingo Díaz. Managua. Lo excito a usted para que renuncie a la Jefatura Civil y Militar de la Revolución en Panamá y reconozca en ese cargo al doctor Belisario Porras».[5]

Después de leer y releer ese telegrama anónimo, o sin siquiera un seudónimo, le dijo al coronel Quintero:

—«¿Y esto qué quiere decir?, pues no lo entiendo».

—«Este telegrama se lo manda el doctor Porras para que usted lo firme».

Ante semejante respuesta, el airado Manuel Antonio espetó: «¿Para que lo firme yo? ¡No, mi amigo! Haga usted el favor de decirle al doctor Porras que lo firme él, pues yo no tengo ningún derecho para excitar a don Domingo Díaz a que renuncie al cargo de jefe civil y militar de la revolución en Panamá; cargo que por unanimidad le conferimos en Corozal de Chepo los jefes y oficiales que continuamos en la guerra después de la capitulación. Además, don Domingo Díaz no está autorizado para delegar a nadie el cargo a él conferido».[6]

«Por esta contestación mía —concluye Noriega— se enfureció probablemente el doctor Porras, pues demoró mucho el pago de los veinte colones que costaba el alquiler de mi pieza, los que salían de los fondos de la revolución. Dejó de repetirme, también, que cuando fuera él gobernante de Panamá sería yo uno de sus secretarios y tuvo conmigo procederes de marcada venganza, pero siempre disimulados o comparables a las píldoras azucaradas...».[7]

Las tribulaciones de Díaz en Nicaragua

Entretanto, en Managua don Domingo trataba con muchísimas dificultades de organizar su expedición. Entre los varios compañeros de exilio con quienes mantenía regular contacto, allí se encontraba Domingo de la Rosa, el gran amigo de su fallecido hijo Temístocles, quien recuerda:

«Desesperante era la situación que atravesábamos. Precaria de por sí, se necesitaba gran esfuerzo moral para sobrellevar los subterfugios que, a diario, se hacían de parte del general José Santos Zelaya, quien por circunstancias especiales estaba en la obligación ineludible de proceder en sentido contrario...».[8]

«Para recibir de Panamá y enviar allá correspondencia, la cual se confiaba a ciertos amigos, empleados de los vapores que tocaban en Corinto, don Domingo Díaz y yo, conjunta o separadamente, desempeñábamos esas diligencias, con la venia del capitán del puerto, sin la

cual hubiera sido vano todo intento por realizarlas, dado el régimen imperante, azaroso en sumo grado, pues no tenía nada de republicano ni de liberal, por ende. Reinaba burdo espionaje y la correspondencia era inevitablemente violada».[9]

De la Rosa compartía en el hotel de la capital nicaragüense la misma habitación con don Domingo, y en la mañana del 24 de julio de 1901, fecha en que se cumplía el primer aniversario de la muerte de su querido hijo Temístocles, incorporándose en su cama, que quedaba frente a la suya, don Domingo le dijo estoicamente:

—«Hoy hace un año que murió Temístocles».

—«Ya lo tenía presente», le contestó.

—«Quiero —continuó— que convoques en mi nombre a los copartidarios que se encuentren en la ciudad para que nos acompañen a almorzar, en el Hotel Lupone», que era el más lujoso de la localidad.

Sin acertar a comprender el alcance de esa rara determinación, «está bien» respondió De la Rosa. Reunidos alrededor de la mesa todos los invitados, a la hora oportuna Díaz levantó la copa y, espartana, casi textualmente, dijo:

«Copartidarios: Hoy hace un año que murió al pie de las trincheras enemigas, en defensa de nuestra causa, mi querido hijo el coronel Temístocles Díaz; y como el mejor galardón a su memoria me permito pediros que me acompañéis a jurar que continuaremos luchando por el triunfo del Partido Liberal hasta perder nuestras vidas».[10]

Emocionado, De la Rosa escribió: «El tono de su voz, que denotaba gran conmoción espiritual, su continente grave y, sobre todo, el noble ideal que encerraban sus palabras, enmudecieron a todos los presentes que, arrobados, lo estrechamos en nuestros brazos como respuesta afirmativa a su ejemplar solicitud. ¡Qué mucho, pues, que se aclamara como caudillo a quien con actos tan significativos enaltecía su vida!»[11]

En Costa Rica, y por esas mismas calendas, el Gobierno costarricense notificaba a Porras, Mendoza, Goytía y Noriega que a petición

del Gobierno de Colombia había decretado la internación de los cuatro en San José, con la prohibición de salir de esa ciudad sin permiso expreso de las autoridades competentes. La solución fue emprender la fuga, situación que aceleró la partida de Porras y su gente hacia el Istmo...

Noriega se dirigió a Nicaragua, y en San Juan del Norte el coronel Carlos Jaramillo y don César Fernández, quienes habían militado con Porras hasta que su campaña colapsó, le dijeron que lo mejor que podía hacer era salir corriendo de Nicaragua, por el peligro de ser encarcelado por el Presidente Zelaya, «quien estaba indignadísimo con el doctor Porras, y tanto, que mandaba para la cárcel hasta a los que de éste fueran amigos. Que al doctor Porras le hacían el cargo en Managua, y en todo el país, de que en la capitulación celebrada en Panamá no propuso cláusula alguna en favor de los nicaragüenses que con él marcharon en el vapor *Momotombo* a batirse en defensa del Partido Liberal».[12]

Al final, y casi simultáneamente con la huida de Porras hacia Panamá, don Domingo logró concretar el indispensable apoyo del general Zelaya, que de nuevo apostaba por la revolución liberal en Colombia a través de otro jefe.

Por estas razones, los insurrectos Porras y Díaz llegarían al Istmo con pocos días de diferencia; por distintos caminos, pero con iguales propósitos partidistas. Porras, acompañado por unos pocos amigos. Díaz, con cerca de sesenta oficiales. En esta ocasión, el título de jefe revolucionario lo ostentaría don Domingo, mientras que don Belisario, totalmente opacado, no mostrará durante varios meses ninguna actividad bélica sobresaliente ni digna de destacar.

La expedición en marcha

Acerca de los preparativos de la expedición, De la Rosa rememora: «... al fin adquirimos trescientos rifles Remington, muy usados,

sin baquetas muchos de ellos, con su respectiva dotación de municiones. Se terminó el arreglo de la expedición, que quedó integrada por don Domingo Díaz, generales Jesús María Lugo, Saúl Cortissoz y Paulo Emilio Obregón; coroneles Milcíades e Isaías Rodríguez, José Dolores Moscote, Ricardo Nicholson, Miguel Hoyos, Manuel Vásquez F., Juan Antonio Jiménez y Domingo de la Rosa; sargentos mayores Guillermo Andreve, Moisés de la Rosa, Marco A. Henao e Ismael Porto...

«A última hora tropezamos con el inconveniente de que la cañonera *Momotombo*, que se nos facilitó, carecía del carbón y del aceite necesarios para el viaje, grave emergencia que, increíblemente, tuvimos que vencer con nuestros escasos recursos para no posponer quizá indefinidamente la partida, la cual se efectuó en la madrugada del 11 de septiembre de 1901».[13]

Cinco días después, a la cinco de tarde, Díaz y sus hombres arribaron a San Carlos, mientras la cañonera gobiernista *Boyacá* observaba los movimientos de la *Momotombo* sin ser vista. En la pequeña población encontraron al comandante Francisco de Jesús Valles quien les brindó un entusiasta recibimiento y sin demora dio aviso del acontecimiento al general Victoriano Lorenzo.

Al día siguiente, el jefe indígena se presentó acompañado de su segundo, el general Faustino S. Mina y de dos batallones. Llegaron también el general Antonio Papi Aizpuru, el comandante Clímaco Rodríguez y el capitán Rodolfo Díaz, todos los cuales se congratularon con la presencia de Díaz y sin dilación, e impuestos del «Manifiesto a los istmeños», expedido por aquél en su carácter de jefe civil y militar de la revolución, lo reconocieron como tal, lo mismo que a los generales Jesús María Lugo y Saúl Cortissoz, como jefes de Operaciones y de Estado Mayor del Ejército, respectivamente.

Cuarenta y ocho horas después avanzaron a Bejuco. En este lugar el general Paulo Emilio Obregón fue nombrado segundo jefe de Operaciones; inspector general del Ejército el también general Antonio Papi Aizpuru; secretario general de la Jefatura Civil y Militar, el